

EL ROBINSON DONOSTIARRA



Notables autores nos han ilustrado con sus escritos sobre la vida y milagros de diferentes Robinsones, casi todos de pura fantasía. San Sebastián ha tenido su Robinson de verdad.

José Vicente Arruabarrena, noveno hijo de José Ignacio, nació en el monte Igueldo en el caserío Mondigani, destruido en la primera guerra civil y reedificado por José Ignacio para albergue de su numerosa familia. Manifestó José Vicente desde sus infantiles años, un carácter taciturno é inclinaciones á la vida independiente y solitaria; mas estas circunstancias no le valieron para librarse de las llamas en que ardía el país en aquella funesta primera guerra civil y lo llevaron á engrosar las filas carlistas. Después de tomar parte en muchos combates y escaramuzas tuvo la dicha de regresar á casa ileso.

La nueva vida que habia hecho, no cambió en nada su modo de ser; y después de pocos días de estancia desapareció del hogar paterno. Al cabo de tres año; apareció José Vicente al amanecer en el umbral de su casa y cual otro hijo pródigo fué recibido y agasajado por sus padres. Refirióles la vida errante que habia hecho, caminando por montes y pueblos; preguntáronle con qué medios se sustentaba; contestó que Jesucristo anduvo por el mundo sin un ardite y que él quiso imitarle.

Dominado por sus instintos de independencia, discurría el medio de vivir aislado, y como con paciencia y constancia se realizan muchos fines, vió colmados sus propósitos.

Habia antiguamente una calzada que conducía al Antiguo y en sus derivaciones á la parte del mar, una cinta de tierras como abandonadas entonces, que pertenecían al Ayuntamiento. Con el consentimiento de esta corporación, estableció José Vicente en ellas su dominio,

y como además unía á sus cualidades la de ser ingenioso, edificó una barraca con tierra y tablas é hizo un cerco de palos y cañas hasta la orilla del mar. Hay que advertir que en aquel tiempo no existía el gran murallón que circunda hoy la hermosa playa; solo había un corto trozo á la bajada de la primera rampa. La mayoría de lo que constituye hoy el paseo de la Concha con sus casas y parte de la calle de Zubieta eran grandes montones de arena como los que existían en terrenos del Sr. Gros.

Fué el año 1845 bastante malo para la clase proletaria: el Ayuntamiento, con el fin de dar trabajo, acordó rebajar y nivelar aquellas semimontañas; empleó unos cien hombres y otras tantas mujeres; éstas ganaban cuatro reales diarios y aquellos seis, trabajando de sol á sol, menos las horas de descanso. No se conocían entonces los huelguistas, socialistas, ni otros muchos partidos que después se han creado y dividido en infinitas fracciones para gloria y tranquilidad de la nación; no bullían más que blancos y negros con más consecuencia y fe que hoy en sus principios.

Instalado José Vicente en su posesión, dedicóse al cultivo de hortalizas, cria de aves y pájaros, que cuidaba con esmerada solicitud, no faltando su compañero y guardián, el perro de aguas llamado *Pinto*.

Tampocó desperdició el tiempo en sus cacerías por los montes; en ellos aprendió con una partida de gitanos el arte de hacer y componer cestos y sillas. Esta industria, unida á su laboriosidad, le proporcionaba medios de vivir satisfecho.

Entre las aldeanas que diariamente transitaban al mercado de la ciudad por aquel extraño albergue, había muchas que notaban en él la falta de algo que completaría la felicidad de José Vicente; todas querían contribuir á su dicha sin ser egoístas pensando en la propia.

No faltaban, pues, al codiciado solitario, frecuentes indirectas y requiebros cariñosos que á su manera le endilgaban aquellas varoniles Amazonas; pero endurecido su corazón con el convencimiento de la independencia, y fijo siempre en una idea creyéndola como la mejor y la más sábia, hacía se el sordo á las insinuaciones de aquellas generosas matronas que trataban de turbar su habitual é inalterable tranquilidad.

Por lo extraño del lugar y la vida tan original que hacía su huésped, dieron todos los transeuntes en llamarle Robinsón, y ya no se le conocía por otro nombre.

Formóse por aquel tiempo una empresa por acciones de la nueva

carretera de Andoain á Irún, cuya carretera, como en otro artículo se dijo, se inauguró el día 1.º de Junio de 1847, y pasaba por medio del hoy paseo de la Concha.

El Ayuntamiento cedió á la empresa la antigua calzada y el reducido continente que ocupaba Robinsón.

La junta directiva quiso expulsarle, pero altas influencias trabajaron en favor de aquel, logrando continuara en sus dominios mediante un cánon de cinco pesetas al año.

Hubo en San Sebastián un distinguido caballero llamado D. Joaquín Ibar, muy aficionado á la caza, en compañía con otros amigos. Ocurrióseles poner cría de conejos en la isla de Santa Clara; obtenido permiso mandaron traer bastante número de aquellos animalitos que, según refieren los sabios naturalistas Buffon y Cuvier, son los más fecundos que existen, poniendo al año de 50 á 60 crías cada coneja. Decidieron también, como necesario, nombrar un guarda y por unanimidad acordaron fuera *Robinson*. Aceptó éste con mucho agrado el destino que se hallaba en armonía con sus inclinaciones y gustos y tomó posesión de él, construyendo para su albergue una choza, porque en aquel tiempo no existía en la isla el faro de hoy ni otra obra. Trasladóse *Robinsón* con sus muebles al nuevo domicilio y creyó haber llegado al fin de sus aspiraciones como señor feudal, disponiendo de vidas y haciendas, armado de caballero, (digo, de carabina) y acompañado de su leal *Pinto*. Disfrutaba también de un bote con pertrechos de pesca y mataba alicuando un conejito ó una gallinita para saborear su paladar y satisfacer su apetito variando de condimentos. Dormía en tranquilo sueño y soñaba ser rey de los reyes, discurriendo en su fantasía el colmo de la felicidad. Felicidad! Vana palabrería.

La vida que á instantes huyendo va, es un tejido de desdichas que afligen á la humanidad.

Así sucedía al pobre *Robinsón*; al despertar de tan hechiceras ilusiones mortificaba su mente la idea del término de aquellas que tan grata hacian su existencia.

Dos años llevaba ya en la isla y la semilla conejera no daba señales de multiplicación á pesar de su fecundidad; otro año más, y ya ni los padres ni las madres salían de sus huroneras, realizándose los tristes pensamientos de *Robinsón* que terminaron el ensayo con tan malos resultados. Instalóse de nuevo en su antiguo continente, pero como la desgracia, en general, cuando se complace en perseguir, no abandona

hasta su fin, fué acometido de una grave enfermedad y falleció nuestro pobre *Robinsón* en el hospital civil.

De entonces acá, muchos cambios ha habido en esa parte; construyéndose un murallón, D. Juan María Errazu edificó una casa. Barreró la mar los cimientos del primero y hubo que derribar la casa adquiriéndola el municipio para la continuación del hermoso paseo de la Concha pasando por un magnífico túnel; túnel que llama la atención de nacionales y extranjeros, por la circunstancia de haberse hecho obra de tal magnitud por un pequeño terreno que resulta cual si hubiese sido necesario horadar grandes montañas para dar acceso á la población.

Poderosas y atendibles consideraciones determinaron la realización del proyecto que resultó bien hecho y de mucho gusto, como todo cuanto hacen y edifican en San Sebastián corporaciones y particulares, dentro y fuera de la población, excepción hecha de un enorme paredón que existía en las alturas de San Bartolomé, sin otro resultado práctico que contener la fuerza de terribles tempestades que con frecuencia resuenan en la costa cantábrica.

SIRO ALCAIN.

